

EL SILENCIO DE UNA DESPEDIDA WILKINSON

Qué extraño destino el mío.

Siempre solo.

Sentado entre tantas mujeres.

Nunca en el centro.

Solo un invitado.

A decir verdad, ese papel nunca me resultó incómodo.

Había otra cosa que siempre captaba mi atención.

Algo que las mujeres toman sin pedirlo.

No el dinero.

Esa ha sido siempre la parte menos interesante.

Toman atención.

Curiosidad.

Pensamientos.

Fragmentos de tiempo.

Porciones enteras de tu energía cognitiva.

Y la mayoría de las veces lo hacen sin darse cuenta siquiera.

La primera regla fue siempre la misma.

Hacerlas sonreír.

Pero sin hacer el tonto.

Porque hay una gran diferencia entre el humor y la estupidez.

El primero abre una conversación.

La segunda la cierra.

De lo contrario, hasta la cena más elegante acaba siendo poco más que comida rápida.

Fue entonces cuando empecé a exponer mi particular teoría antropológica del acero.

Esperaba resultar creíble.

No necesariamente creído.

Imaginé una mañana lejana.

Un hombre había salido de su cueva para acudir a una cita romántica.

Pero su compañera no tenía ninguna intención de dejarlo marchar.

Lo siguió por el bosque.

Quería saber adónde iba.

Con quién.

Y por qué.

En aquellos tiempos todo el mundo era libre, y los sociólogos aún no habían inventado la promiscuidad.

En un momento dado él montó en cólera.

Cogió una piedra y la lanzó hacia la mujer para ahuyentarla.

La piedra golpeó una roca.

Una chispa.

Luego otra.

Luego humo.

El viento hizo el resto.

Y nació el fuego.

La cita romántica terminó en el acto.

Lo que había ocurrido era demasiado importante.

Aún no estaba descrito en ningún manual.

Ni siquiera en los manuales de Amazon.

Había que observarlo.

Entenderlo.

Usarlo.

Las mujeres de la mesa escuchaban en silencio.

Nadie comía.

El camarero tuvo que llevarse las sopas a la cocina y recalentarlas por segunda vez.

Entonces ocurrió algo todavía más curioso.

Varias parejas sentadas en las mesas vecinas acercaron sus sillas a la nuestra.

Parecía una función de teatro.

Y eso que yo solo quería hacerlas sonreír.

Ese fue el momento en que dejé de ser creíble.

Y pasé a ser creído.

Estaba contando una historia que nadie había escrito nunca.

Una historia posible de nuestros antepasados.

Me detuve.

Miré a Maggy.

“¿Quiere que siga?”

No dudó ni un segundo.

“Sí, magnífico hijo de puta”.

Y todos estallamos en carcajadas.

Entonces seguí.

Con el fuego, la mujer empezó a comprender que aquel descubrimiento podía servir para la comida.

El calor cambiaba los sabores.

Transformaba la naturaleza misma.

Sin que nadie se diera cuenta, la esperanza de vida humana, que apenas llegaba a los veinte años, fue acercándose despacio a los cuarenta.

El fuego la había duplicado.

La contaminación bacteriana disminuyó.

Las infecciones retrocedieron.

El cuerpo humano ganó tiempo.

Después, una tarde cualquiera, delante de una cueva, aquella misma mujer recogió unas cuantas piedras.

Las examinó de cerca.

Las golpeó unas contra otras.

Las estudió.

Sin altos hornos.

Sin acerías.

Sin ingenieros.

Emprendió el largo viaje que acabaría llevando al metal.

Y más tarde, al acero.

Por eso, de no haber sido por una mujer, yo no estaría hoy aquí.

No os habría conocido nunca.

No os habría apreciado nunca.

Nunca habría podido envolver en una despedida aquello en lo que me he convertido.

La mesa quedó en silencio.

Un silencio distinto de todos los demás.

No era el silencio de la expectación.

Era el silencio de la despedida.

Miré a Maggy.

Miré a su hija.

Miré a sus nietas.

Y me di cuenta de que no me estaba despidiendo de una familia.

Me estaba despidiendo de una historia.

Familia Wilkinson

Bienvenida seas.

Me levanté y me fui.

Porque nunca he podido soportar las lágrimas de una mujer.

Ferdinando